

## CAPITULO VIII.

Digeron que en el 17 de noviembre habian salido de Smolensko , con doce cañones , seis mil bayonetas y trescientos caballos , abandonando en ella cinco mil enfermos á la discreccion del enemigo ; y que su mariscal , sin el ruido de la artillería de Platof y la explosion de las minas , no hubiera podido arrancar jamas de los escombros de aquella ciudad á siete mil rezagados sin armas , que los habian escogido para su refugio. Contaron los desvelos que se tomó su gefe en beneficio de los heridos , las mugeres y sus hijos , y que el mas valeroso habia sido le nuevo el mas humano en aquella circunstancia.

Dejólos una infame accion , á las

puertas de la ciudad , poseidos de un horror , cuya impresion no se borraba todavía. Una madre abandonó á su hijo de edad de cinco años , al cual á pesar de sus gritos y llantos , arrojó de su trineo á causa de ir muy cargado. Gritaba ella misma con desatinadas trazas , « ¡ que su hijo no habia visto la Francia , por lo cual no la hecharia menos , pero que ella conocia la Francia , y que queria volver á ella ! » Mandó poner Ney por dos veces á aquella desventurada criatura en los brazos de su madre , y por otras tantas la arrojó esta á la helada nieve.

Pero no dejaron impune este delito , solitario en medio de mil sacrificios de una sublime ternura , fué abandonada esta madre inhumana en aquella misma nieve , de la que se volvió á sacar su víctima para confiarla á otra madre. Mostraban en sus filas á aquel huérfano que volvió á verse despues en el Beresina , en Vilna , y aun en Kowno , y que se libertó finalmente de todos los horrores de la retirada.

Sin embargo, los oficiales de Eugenio apuraban con sus preguntas á los de Ney, los males proseguian; se representan avanzándose con su mariscal hácia Krasnoe, enteramente por medio de nuestros destrozos, llevando trás sí á una desconsolada turba, y precedidos de otra á cuyos pasos pone espuelas el hambre.

Cuentan que hallaron el fondo de todas las quebradas lleno de cascos, gorras, cofres descerrajados, ropas desparramadas, carruages y cañones, los unos volcados, los otros enganchados todavía por caballos tendidos en el suelo, moribundos, y medio devorados.

Que hácia Korithnia, al cabo de su primera jornada, una violenta detonacion, y sobre sus cabezas el silbido de muchas balas de cañon, les habian movido á suponer el principio de una batalla. Partia aquella descarga por delante y muy cerca de ellos, hácia el camino mismo, y no descubrian sin embargo á enemigo ninguno. Se adelantaron Ricard y su division

para descubrirle; pero hallaron únicamente en un recodo del camino, dos baterías francesas abandonadas con sus municiones, y en los campos inmediatos una banda de miserables Cosacos que huian atemorizados del atrevimiento que habian tenido de ponerlas fuego, y del estruendo que habian causado.

Hicieron una pausa entonces los de Ney para preguntar sucesivamente cuanto habia pasado, de que dimanaba pues aquel desaliento general, y porque se habian abandonado al enemigo unas armas totalmente intactas. ¿No habian tenido lugar para clavar los cañones, ó á lo menos para inutilizar sus municiones?

No habian encontrado sin embargo hasta entonces, decian, mas que vestigios de una desastrada marcha. Pero se cambió todo en el siguiente dia, y confesaron ellos sus siniestros vaticinios, luego que hubieron llegado á aquella nieve teñida de sangre, sembrada de armas hechas pedazos y mutilados cadáveres. Los muertos seña-

laban todavía las filas y los puestos de batalla, y se los enseñaban entre sí los oficiales de Ney unos á otros. Aquí habia estado la division decimacuarta; los números de sus regimientos se ven todavía sobre las chapas de sus cascos destrozados; allí estuvo la guardia italiana; aquellos son sus muertos, cuyos uniformes no les eran desconocidos. Pero ¿en donde estan sus reliquias vivientes? En balde cavilaron sobre aquel ensengruntado terreno, sobre todas aquellas formas inanimadas, y aquel silencio inmóvil y helado del desierto y de la muerte, pues no pudieron alcanzar nada sobre la suerte de sus compañeros, ni la que los esperaba á ellos mismos.

Arrastrólos Ney rápidamente por encima de todas aquellas ruinas, y se adelantaron sin obstáculo hasta aquel parage, en que el camino descende á una profunda quebrada, y se eleva despues sobre una ancha meseta. Era el de Katova, y aquel mismo campo de batalla, que marchando ellos triunfalmente tres meses antes,

habian vencido á Newerowskoi, y saludado á Napoleon con los cañones enemigos conquistados en la víspera. Reconocieron, decian, aquel terreno á pesar de la nieve que le desfiguraba.

Exclamaron los de Mortier entonces, «! que tambien era pues aquella misma posicion en que los habian esperado el emperador y ellos durante la batalla del 17!» Pues bien, reponen los de Ney, Kutusof, ó por mejor decir, Miloradowitch habia ocupado el puesto de Napoleon, porque el anciano Ruso no habia salido todavía de Dobroe.

Sus soldados desbandados, retrocedian ya mostrándoles, enteramente negras con los muchos enemigos aquellas llanuras de nieve; cuando separándose un Ruso de su tropa, bajó de la colina, se presentó solo delante del mariscal, y, sea una cultura afectada, sea respecto á la desgracia de su gefe, ó temor de su desesperacion, envolvió en lisongeros términos la intimacion de rendirse.

Kutusof le envió. « Este feld-mariscal no se atreveria á hacer tan cruel proposicion á un guerrero tan afamado , aunque no le quedara mas que una sola contingencia de salud. Pero el mariscal frances tiene por delante y alrededor de sí ochenta mil Rusos, y si duda de ello, hácele Kutusof la oferta de recorrer sus filas y contar sus fuerzas. »

No bien habia acabado el Ruso , cuando partiendo repentinamente de la derecha de su ejército cuarenta descargas de metralla , llegaron , rompiendo los aires y nuestras filas , á sobrecogerle y cortarle la palabra. Echóse al mismo tiempo sobre él como sobre un traidor un oficial frances para matarle ; y dejándose llevar Ney de su enagenamiento en el mismo instante , reprimió el de su oficial , gritándole : « ¡ Un mariscal no se entrega , no se parlamenta bajo el fuego ; sois prisionero mio ! » Y desarmado el desgraciado oficial , quedó expuesto á los tiros de sus compañeros. No le soltaron hasta Kowno despues de veinte y seis dias , habiendo participado de todos

nuestros trabajos , libre de exentarse de ellos , pero sujetado por medio de su palabra.

Redobló al mismo tiempo el enemigo sus fuegos ; y decian que todas aquellas colinas , frias y silenciosas un instante antes , tomaron la forma de unos volcanes en erupcion , pero que se exaltó con ello Ney ; entusiasmándose despues cuantas veces se mentaba en sus discursos el nombre de aquel mariscal , añadieron que en medio de todos aquellos fuegos , parecia que este hombre de fuego estaba en el elemento que le era propio.

Kutusof no le engañó. Se vieron , por un lado , ochenta mil hombres , filas íntegras , llenas , profundas y bien apiñadas , líneas dobles , numerosos escuadrones , una inmensa artillería en una formidable posicion , todo finalmente y la fortuna , que por sí sola hace las veces de todo : y por otra , cinco mil soldados , una columna que iba arrastrándose , dividida en pedazos , una marcha incierta , lánguida ,

armas incompletas, sucias, las mas de ellas mudas y vacilantes en unas manos debilitadas.

El general frances sin embargo no pensó en entregarse, ni aun en morir, sino en penetrar y hacerse camino; y esto sin atender á que tentaba un esfuerzo sublime. Solo, y no apoyándose en nada, cuando todo cargaba sobre él, siguió el impulso de su naturaleza fuerte, y el orgullo de un vencedor, á quien el hábito de los triunfos inverisímiles ha hecho tenerlo todo por posible.

Lo que mas asombrados les tenia, era que hubiesen sido tan dóciles; porque todos fueron dignos émulos de su mariscal; y añadieron que vieron allí que no forman al hombre grande unicamente las grandes obstinaciones, los grandes designios y las grandes temeridades, sino mas particularmente aquel dominio para arrastrar consigo y sostener á los demas.

Ricard, y sus mil quinientos soldados iban al frente; dirígíalos Ney contra el

egército enemigo, y dispuso lo restante para seguirlos. Bajó aquella division con el camino á la quebrada; salió otra vez con ella, y volvió abajarla por haberla arrollado la primera línea rusa.

El mariscal, sin asombrarse ni permitir que se asombren, reunió las reliquias de aquella division, las formó en reserva y se adelantó en lugar de ellas; en lo que le auxiliaban Ledru, Razout y Marchand. Mandó que cuatrocientos Ilirios, tomasen por el flanco izquierdo á los Rusos, y subió él mismo de frente con tres mil hombres al asalto. No hizo arenga ninguna; marchó dando egemplo, que en un héroe es la mas elocuente de todas las mociones oratorias, y la mas imperiosa de todas las órdenes. Le siguieron todos. Habiéndose acereado rompieron y destrozaron la primera línea rusa; y sin detenerse, se arrojaron sobre la segunda; pero antes de llegar á ella, les asaltó una lluvia de acero y plomo. Vió Ney en un instante heridos á todos

sus generales y muertos á los mas de sus soldados; quedaron vacías sus filas, desfigurada su columna, se remolina, se bambolea, retrocede y le arrasta.

Reconoció Ney que habia probado lo imposible, y esperó que la huida de sus tropas, hubiese dejado entre ellas y el enemigo aquella quebrada, que es su único recurso en lo sucesivo, y allí sin esperanza ni temor, las detuvo y volvió á formar. Ordenó á dos mil hombres contra ochenta mil; correspondió con seis cañones, al fuego de doscientas bocas, y dejó á la fortuna avergonzada de haber podido faltar á tan eminente valor.

Pero hirió ella de inercia sin duda entonces á Kutusof. Vieron con sumo asombro, que aquel Fabio Ruso extremado como la imitacion, se obstinaba en lo que él llamaba su humanidad y prudencia, y permanecia con sus pomposas virtudes en las alturas, sin dejarse vencer, ni osar, y como pasmado de su su-

perioridad. Veia á Napoleon vencido por su temeridad, y huia de aquel defecto hasta el vicio contrario.

Bastaba sin embargo para acabar, un indignado arrebató de cualquier cuerpo ruso; ¡pero todos temieron hacer un movimiento decisivo, y permanecieron clavados en sus puestos con una inmovilidad de siervos, como si no hubieran tenido osadía mas que en su consigna, ni vigor mas que en la obediencia! Aquella disciplina que habia formado su gloria en su retirada, formó su oprobio en la nuestra.

Habian estado inciertos por mucho tiempo, y sin saber contra que enemigo peleaban, pues habian creído que Ney habia huido de Smolensko por la orilla derecha del Nieper, y se engañaban, como acaece frecuentemente, pues suponian que su enemigo habia hecho lo que hubiera debido hacer.

Se habian vuelto los Ilirios al mismo tiempo enteramente desordonados, á los cuales habia ocurrido una cosa extraña.

Avanzando estos cuatrocientos hombres por el flanco izquierdo de la posicion enemiga, se habian encontrado con cinco mil Rusos que volvian de una refriega parcial, con un águila francesa y muchos de nuestros soldados prisioneros.

Ambas tropas enemigas, la una volviéndose á su posicion, y la otra yendo á atacarla, se adelantaban con la misma direccion y se flanqueaban midiéndose con los ojos, sin que ninguna de ellas osase romper la refriega. Marchaban tan inmediatas entre sí, que los Franceses prisioneros, desde el medio de las filas rusas, alargaban las manos á los Ilirios rogándoles encarecidamente que fueran á libertarlos. Estos les gritaban que se marcharan hácia su lado, que los recibirian y defenderian; pero ninguno dió el primer paso. Arrollado entonces Ney, lo arrastró todo.

Confianza mas, sin embargo, Kutusof en los cañones que en los soldados, solo trataba de vencer de lejos. Cubrian sus

fuegos en tanto grado, el terreno ocupado por los Franceses, que la misma bala de cañon que echaba á tierra á un soldado de la primera fila, iba á matar en los últimos carruages, á las mugeres fugitivas de Moscou.

Atónitos é inmóviles los soldados de Ney bajo aquella mortífera rociada, miraban á su gefe, aguardando su decision por creerse perdidos, esperando sin saber porque, ó por mejor decir, segun la observacion de un oficial suyo, porque en medio de aquel extremo peligro veian su alma quieta y sosegada como una cosa en su lugar. Su semblante se habia vuelto silencioso y recogido; observaba al ejército enemigo, que, desconfiado desde el ardid del príncipe Eugenio, se extendia á lo léjos por sus flancos para cerrarle toda salida de salud.

Comenzaba la noche á confundir todos los objetos, y el invierno, propicio á nuestra retirada en esto únicamente, la traia entonces prontamente. La habia es-

perado Ney, pero no se aprovechó de esta tregua sino solo para dar á sus tropas la orden de volver á Smolensko. Decian que todos se habian quedado, helados de espanto al comunicárseles semejante disposicion. Su edecan mismo no pudo creer á sus oidos; enmudeció, no comprendiendo á su gefe, y clavándole la vista con trazas de sobrecogido. Pero el mariscal renovó la misma orden, y en su breve é imperioso acento, reconocieron una determinacion tomada, el hallazgo de un nuevo arbitrio, aquella confianza en sí que se infunde á los demas, y un ánimo que domina sobre su situacion, por mas crítica que sea. ¡Prestaron obediencia entonces, y sin vacilar volvieron la espalda á su egército, á Napoleon y á la Francia! Volviendo á entrar en aquella fatal Rusia; su marcha retrograda duró una hora; vieron de nuevo el campo de batalla señalado con los destrozos del egército de Italia: se detuvieron allí, y habiéndose quedado solo su mariscal en la

retaguardia, se les incorporó despues.

Seguian todos sus movimientos con la vista. ¿Qué iba á hacer? y cualquiera que sea su designio, ¿á donde encaminará sus pasos sin guia, y en un pais desconocido? Pero se detuvo Ney con su instinto marcial á orillas de una quebrada, de tanta capacidad que un arroyo le servia de fondo. Mandó apartar la nieve y romper el hielo; consultando entonces con el curso de aquel arroyo, exclamó: « que su corriente iba á desaguar en el Nieper; que ella era nuestra guia; que era menester seguirla; que iba á conducirnos al rio, y nosotros le pasaríamos; que nuestra salud está en la otra orilla.» Y marchó al punto en esta direccion.

Sin embargo, á corta distancia del camino real que el mariscal acababa de dejar, se detuvo todavía en una aldea. Ignoraban el nombre de ella, y creian que fuera Fomina, ó mas bien Danikowa: reunió allí sus tropas, y mandó encender lumbres como para establecerse en



aquel pueblo. Algunos Cosacos que le seguían, lo creyeron así, y sin duda enviaron á dar aviso à Kutosof del parage en que un mariscal frances le entregaria sus armas al siguiente dia, porque se dejó oír bien presto su artillería.

Habiendo escuchado Ney, exclamó: « ¿Es finalmente Davoust, que se acuerda de mí? » y prosiguió escuchando todavía. Pero unos intervalos iguales separaban los cañonazos; era una salva. Persuadido entonces de que triunfan anticipadamente de su cautiverio en el campo de los Rusos, jura dejar por mentirosa su alegría, y vuelve á ponerse en marcha.

Sus Polacos escudriñaban al mismo tiempo todo el pais. El único habitante que pudieron descubrir, fué un aldeano cojo; en lo que se consiguió una inesperada felicidad. Anunció aquel aldeano que el Nieper no distaba de allí mas que una legua, pero que no era vadeable, ni debía estar helado. « Lo estará, » respondió el mariscal; y habiéndosele obgetado la blan-

dura que comenzaba, añadió, « que no importaba, y que se pasaria porque no habia mas que aquel arbitrio. »

Ultimamente, hácia las ocho se atravesó una aldea, la quebrada acabó, y el paisano cojo que marchaba por delante, se detuvo mostrando el rio; suponian que era entre Syrokorenie y Gusinoe. Acudieron Ney y los primeros que le seguían; el rio estaba helado, y sostenia, porque embarazado el curso de los témpanos que traía con una áspera revuelta de sus orillas, se habia suspendido; el invierno habia acabado de helarle en aquel punto únicamente, pues estaba movable todavía su superficie mas arriba y mas abajo.

Esta observacion fué causa de que se siguiera alguna inquietud al primer impulso de felicidad. El rio enemigo podia presentar pérfidos visos solamente. Un oficial se sacrificó, y le vieron llegar dificultosamente á la orilla opuesta. Volvió á hacer saber que los hombres, y quizas algunos caballos pasarian; que era preciso

abandonar lo restante y apresurarse, pues la blandura comenzaba á deshacer el hielo.

Pero en aquel movimiento nocturno, silencioso, por medio de los campos, de una columna compuesta de hombres debilitados, de heridos y mugeres, no habian podido marchar suficientemente apretados para no extenderse, desunirse, y perder en la obscuridad el rastro los unos de los otros. Echó de ver Ney que no tenia consigo mas que una parte de sus tropas : no obstante esto, le era posible superar aquel obstáculo en todo caso, asegurar con ello su salud, y esperar en la márgen opuesta. No le ocurrió semejante idea ; otro la concibió en lugar suyo, pero la desechó el mariscal. Acordó tres horas para la reunion, y sin entregarse á la agitacion de la impaciencia y expectacion, le vieron embozarse en su capa, y pasar durmiendo profundamente á orillas del rio aquellas tres horas tan peligrosas : ; en tanto grado poseia aquel

temperamente de los varones insignes, un ánimo fuerte en un robusto cuerpo, y aquella vigorosa salud, sin la cual apenas hay héroes!